

La historiografía centroamericana del siglo xx

Por Juan Manuel SANTANA PÉREZ*

SIGUIENDO LAS PROYECCIONES QUE APUNTABA Peter Burke en la primera edición de *Historia a debate*, creemos que la renovación historiográfica de los próximos años, necesariamente, pasa por la periferia. La producción historiográfica de América Latina que ya venía mostrando los primeros signos de recuperación desde los años sesenta, tiene su expansión más importante en las décadas de los ochenta y de los noventa.

A pesar de presentar marcados rasgos de dependencia exterior, muestra un dinamismo que no ha sido todavía suficientemente reconocido en muchos foros internacionales. Están alcanzando un alto grado de interés, no sólo por su intensa productividad, sino también por la calidad de la misma, al tiempo que evidencia la velocidad con la que los historiadores están haciendo una relectura de buena parte de lo que se ha escrito en los últimos treinta años.

En Centroamérica existen prestigiosos historiadores cuyos estudios no son muy conocidos debido a las dificultades de distribución editorial, pero no por ello dejan de ser relevantes en los actuales debates historiográficos. Ello, unido a la falta de fondos destinados a investigación en esos países, dificulta los contactos y, lo más grave desde el punto de vista científico, el conocimiento.

Se ha estado viviendo una verdadera fiebre historiográfica al menos a partir de la década de los setenta hasta la actualidad, cuando todo parecía posible y era preciso ponerse al día, abrirse al mundo, absorber en pocas semanas todo lo que los regímenes anteriores habían mantenido oculto durante años a la vida estudiantil y académica, con la aportación económica que significaba la producción interna en esos años no tan críticos. Fueron construidas nuevas universidades y se produjo una serie de transformaciones en las más antiguas, junto a la apertura generalizada a los estudios de las ciencias sociales. Pero desde antes ya venían trabajando una serie de historiadores que alcanzarán gran renombre fuera de sus fronteras. El retorno a la democracia en algunos de estos países, como el caso hondureño en la década de los ochenta, ha permitido una ampliación del quehacer ciudadano y varios intelectuales de dicho país

* Profesor de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. E-mail: <jmsantana@dch.ulpgc.es>

han encontrado en el campo de la historia una forma de participación ciudadana.¹

Existen diversos trabajos en los que se analiza la historiografía a nivel general, pero las grandes corrientes son europeas, así lo podemos ver en obras como la de Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, u otros libros que nos presentan un desarrollo de las teorías de la historia desde su nacimiento en Grecia hasta la actualidad, pero en todas ellas las referencias concretas a América Latina son escasas, cuando no inexistentes. El tema que proponemos ha sido abordado en algunas ocasiones, pero casi siempre, referido a temas puntuales, sin llegar a plasmar las tendencias más recientes, es decir, las últimas décadas, con las influencias de los movimientos de renovación historiográfica. Del mismo modo, la mayor parte de estudios específicos sobre el particular ahondan en los países con mayor desarrollo historiográfico, es decir, México, Argentina, Brasil y quizás Cuba, con lo que Centroamérica queda prácticamente eclipsada.

Al mismo tiempo, en Centroamérica en las últimas décadas han proliferado los artículos y libros, a los que habría que incorporar congresos, jornadas, *workshops*, revistas etc., que nos proponen reflexionar acerca del estado de su historiografía. Al estilo de los testimonios que se han vertido en varios textos por parte de historiadores europeos y norteamericanos, está empezando a difundirse una literatura en la que los propios hacedores de la historiografía cuentan a un entrevistador, que puede ser un periodista, un colega, o eventualmente un discípulo, los rasgos más singulares de su formación, las influencias recibidas, el porqué de sus obras y sus opiniones acerca de lo que la historia representa para ellos y la sociedad en que viven. Este tipo de producción ayuda también a percibir los cambios ocurridos entre estos profesionales en el último cuarto de siglo. Desde hace varias décadas ya contábamos con repertorios bibliográficos, que no eran más que meros inventarios sobre la producción escrita, pero que sirven de ayuda para localizar parte de la información sobre la que hay que trabajar.

Sin embargo, la primera crítica que podríamos hacer a la historia de la historiografía latinoamericana es que sus desarrollos se han presentado casi siempre como corrientes autóctonas y genuinas, lo que conecta con un cierto “ombiguismo”, es decir, las formas de hacer historia estarían al margen de lo que se ha venido haciendo en el resto del mundo, o en el

¹ Ronaldo Sierra Fonseca, *Colonia, Independencia y Reforma introducción a la historiografía hondureña*, Tegucigalpa, Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, 2001, p. 77.

mejor de los casos, se apuntan unas influencias un tanto lejanas, pero cuyo resultado en este ámbito es necesariamente diferente, lo que obliga a mantener unas clasificaciones distintas y distantes de las europeas. De este modo se buscan concomitancias generacionales, “olvidando” resaltar una serie de aspectos que creemos son los que determinan una postura historiográfica. Se han establecido corrientes historiográficas en clave política (su opción en este terreno definía su trabajo), pensamos que se debe establecer en función de la filosofía de la historia que subyace implícita o explícitamente en cada planteamiento.

Ahora bien, la historiografía centroamericana no puede estar aislada del modo en que se entiende la disciplina en el resto del mundo, más aún si tenemos en cuenta que dicha historia tampoco lo estuvo nunca. Por el contrario, siempre se procuró, si no copiar, al menos tomar, de lo que entendían como modelo de civilización (esto es, fundamentalmente Europa) lo que servía para el progreso en todo sentido, entre esos “sentidos” encontramos la forma de hacer historia. En este caso particular estamos convencidos de que no se trata de una “copia”, por la sencilla razón de que no existen dos historias iguales, más aún si hablamos de América Latina frente a Europa.² Sin embargo, vemos que a lo largo del desarrollo de la disciplina se han ido tomando ciertas líneas teóricas europeas que nos permiten establecer correlaciones y hablar de influencias positivistas, del materialismo histórico, de la Escuela de Annales etc. Por tanto, un primer objetivo es reconceptualizar y asimilar denominaciones locales con los grandes paradigmas mundiales. Se han establecido corrientes historiográficas en clave política (su opción en este terreno definía su trabajo), pensamos que se debe establecer en función de la filosofía de la historia que subyace implícita o explícitamente en cada planteamiento. En este sentido es particularmente importante la labor de historiadores extranjeros como el mexicano Adalberto Santana, el estadounidense James E. Morris o el francés André-Marcel d'Ans, a ello debemos unir el afincamiento de otros profesionales nacidos en otros lugares que han hecho su carrera profesional aquí, como Héctor Pérez Brignoli en Costa Rica o Luis Alfredo Lobato en Nicaragua; además, en diversas revistas detectamos artículos de Roger Bartra, Marx o Kropotkin.³ También en este sentido influyen

² Luis González y González, *Tiempo cíclico y eras del mundo en la India*, México, El Colegio de México, 1988. Este autor plantea la adecuación o no de las compartimentaciones europeas al mundo americano, defendiendo sus peculiaridades, igualmente se introduce en todo el debate del tiempo histórico, tema fundamental en los debates del siglo xx, siempre tratando de situarlo en su ámbito.

³ Publicaciones reproducidas en *Historia crítica* (Universidad Nacional Autónoma de Honduras), en sus núms 1, 2, 4, 5 y 6.

publicaciones centradas en el estudio de la historia centroamericana y que se editan en Estados Unidos.⁴

En general contamos con trabajos empíricos que se caracterizan por unos lúcidos análisis históricos, universalizables para el entendimiento global del mundo, con especial referencia a las formaciones periféricas y semiperiféricas, que podemos resumir en: 1) la historia universal puede ser comprendida; 2) siempre es la historia de desarrollos desiguales; 3) las clases se encuentran insertas en unas sociedades definidas; 4) algunas sociedades constituyen sistemas de formaciones sociales cuando las relaciones que mantienen entre ellas son tan densas como para que las oposiciones y alianzas de clases no puedan ser analizadas limitándose al nivel de cada una de ellas; 5) la reproducción social no puede ser comprendida sólo en el nivel de funcionamiento económico interno; 6) la existencia de las naciones da una agudeza particular al desenvolvimiento de las luchas; 7) la ideología de la "cultura universal" debe ser reexaminada continuamente en sus evoluciones y modalidades sucesivas.

En la actualidad, el tema ha sido recientemente tratado con la propia participación de autores latinoamericanos en *Historia a debate: América Latina*, en el primer encuentro del año 1993⁶ y, con mayor participación aún, en el segundo congreso del año 1999.⁷

La inestabilidad política que ha sufrido Centroamérica en el siglo xx ha ido produciendo diversas influencias en la teoría de la historia, porque ha generado interrupciones académicas para volver a empezar donde se había dejado.

Desde el punto de vista interpretativo hay que esclarecer la filiación historiográfica, a través del análisis de algunos tópicos esenciales de la disciplina, seleccionando, entre otros, los siguientes: concepto de historia,

⁴ *Mesoamérica* es una revista que se publica desde 1982, dos veces al año con estudios no sólo de Historia, sino también de otras ciencias sociales.

⁵ Uno de los libros más destacados en este sentido es Carlos Barros y Carlos Aguirre Rojas, eds., *Historia a debate: América Latina*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1996. Consta de 29 artículos elaborados por historiadores latinoamericanos, mayoritariamente de México y de Argentina, pero también con aportaciones de Perú, Chile, Cuba, Venezuela y España. Reúne lo esencial de la contribución de los historiadores latinoamericanos, que fue la más numerosa después de la participación española en el Congreso que se desarrolló en 1993 con el mismo título. Éste aporta una visión de cómo son vistos los problemas historiográficos a fines del siglo xx, así como sus vínculos con el materialismo histórico y con la Escuela de Annales. Es especialmente destacable una corta presentación en la que se evalúa la historiografía latinoamericana hoy y sus perspectivas.

⁶ Carlos Barros, ed., *Historia a debate*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia-Historia a Debate, 2000, 3 vols.

⁷ Este esquema lo encontramos en la obra de Alberto J. Pla, *La historia y su método*, México, Fontamara, 1992, pp. 16-70, y también lo publicó en *Historia y socialismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, pp. 26-59.

esquema interpretativo, método, sujeto histórico, función del historiador; tratando de buscar un camino intermedio entre aquellas concepciones que pretenden ver en la historiografía latinoamericana una plasmación idéntica y sin personalidad de lo que se hacía en los grandes centros productores de Europa y aquella que presenta dichos trabajos como autónomos y desarraigados, que cae en un chauvinismo estrecho y prepotente.

En general se han identificado dos grandes tendencias: la historiografía tradicional y la corriente económica y social. La primera consiste en el estudio del hecho particular. Ésta centra el análisis en los aspectos políticos de la historia, en “la epopeya del héroe nacional, los grandes hechos heroicos” los que han ido vistos como importantes en coyunturas específicas, en este sentido, lo debemos relacionar con la obra de Leopold von Ranke y los posteriores seguidores del historicismo alemán en general. La otra vertiente representada es ya contemporánea y se identifica con concepciones introducidas por discípulos de Annales, sobre todo de la línea braudeliana del tiempo largo (por oposición al tiempo corto de los acontecimientos). Conciben la historia en forma más abarcativa, puesto que trasciende el hecho particular. Integran su objeto de estudio en un conjunto más amplio de elementos que se vinculan por medio de un análisis de tipo estructural y por tanto más lento; ésta es la que se denomina “corriente económico-social”.⁸

Podemos encontrar una homogeneidad dentro de las heterogeneidades nacionales, e incluso, en ocasiones hallamos importantes diferencias dentro de sus diversas regiones o centros de investigación, pero siempre respondiendo a un conjunto de características comunes, que los identifica frente al resto del mundo. En general, podemos detectar que todos los países, en mayor o menor medida, han recibido el influjo de las tres grandes tendencias del siglo xx, que han influido decididamente en el modo de hacer historia y, por lo tanto, en el discurso historiográfico: el historicismo-positivismo, los Annales y el materialismo histórico. La Revolución Cubana ejerció una influencia notable en toda esta historiografía por ello desde 1959 podemos percibir un afianzamiento del materialismo histórico,⁹ que en las primeras décadas sufrió los problemas de la excesiva ortodoxia y el

⁸ Para el caso cubano está bien estudiado en Sergio Guerra Vilaboy, “América Latina y el Caribe en la historiografía cubana los últimos veinte años”, en Barros y Aguirre Rojas, eds., *Historia a debate. América Latina* [n. 5], las repercusiones de la Revolución Cubana están especialmente en pp. 125-132.

⁹ Carlos Manuel Rama, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, Tecnos, 1981. Se centra en el siglo xx, pero abunda en el análisis de mediados de la centuria, quedando las últimas décadas con pocas referencias.

mecanicismo, pero que impulsó considerablemente las interpretaciones ocioeconómicas. Afortunadamente, hoy en día, hay una mayor atención, pero con unas posturas críticas y autocríticas que son verdaderamente esperanzadoras.

Las influencias de Annales y del materialismo histórico, permearon tempranamente en los ámbitos universitarios, y en general fueron resistidas por los que cultivaban lo que podríamos llamar “la vieja historia” (llamada familiarmente la historia “académica”, “oficial”, o “tradicional”). Esa vieja historia ha reivindicado a menudo para sí el estatus de “historia nacional”, es decir, producto auténtico de la tierra, sin dependencias extranjeras, lo que llevó a sus cultivadores, en un gesto de rechazo de lo foráneo y de autodefensa, a identificarla como instancia de construcción de las identidades nacionales y eventualmente hispanoamericana o iberoamericana.

La historia oficial interpreta y valora los acontecimientos desde un enfoque ideológico conservador. Es la que se difunde a través de los medios de comunicación de masas y se encarga de destacar las “grandezas nacionales” y los próceres de la patria. Además, tradicionalmente ha monopolizado las Academias Nacionales de la Historia. En este tipo de trabajos no encontramos análisis de tipo procesual, sino que, por el contrario, vemos a los autores de los diversos ensayos detenerse en largas listas de hechos particulares que por momentos caen en el relato casi diario.

El afán fáctico es lo que caracteriza el ensayo, no trasciende el mero relato descriptivo y la impresión que deja este tipo de historia es la de que se nos están “contando” los sucesos de una época.

Otra característica está referida al tipo de acontecimientos que merecen ser historiados: de la misma manera que para la corriente europea, el acontecer político-institucional y militar es el único susceptible de ser abordado, puesto que la historia se construye tomando como referente la documentación oficial. Estas fuentes son las únicas permitidas en los estudios objeto de nuestro análisis. Por dicha razón no hallamos aspectos más que de este tipo, de estas lecturas no surgen temas económicos o sociales. Así, la historia se desarrolla en torno a cuestiones diplomáticas y bélicas que se vinculan tan sólo con argumentos políticos y que, por lo mismo, sólo interesan al Estado: por aquí vuelve a surgir la vinculación con el historicismo, ya que para estos autores argentinos, también la política es la parte esencial de la historia. Alguno de estos autores, al final de su carrera realizaron investigaciones sobre cuestiones económicas, pero sin abandonar su metodología positivista.

El otro aspecto a destacar es el de la cronología. Nos estamos refiriendo al criterio usado para exponer los hechos históricos y aquí una vez más vemos coincidencia con el historicismo; no percibimos en los trabajos revisados un análisis temático, sino que la sucesión cronológica aparece como la conexión entre los acontecimientos, de manera tal que la narración se muestra como la sucesión de los hechos políticos encadenados por el tiempo.

En cuanto a la metodología, debemos rescatar que uno de los grandes aportes de esta corriente ha sido la preocupación por la fundamentación documental. Han sido sus seguidores los que han dado estatuto científico a la disciplina y la han provisto de un método de abordaje del pasado. El desarrollo de la heurística y de la hermenéutica, así como de las ciencias auxiliares, ha sido un logro no cuestionado aún por ninguna otra escuela.

O obstante, muchas veces se cayó en el error de convertir lo que es método, o mejor dicho "medio", en "fin", acabando en una erudición que no avanza más allá de la árida transcripción de las fuentes. Consideramos, en este sentido, que esta corriente no ha sabido sortear el peligro, puesto que nos encontramos transcripciones de oficios, cartas, memorias y demás documentación vinculada al tema, que ocupan grandes espacios y que cumplen una función ilustrativa que no se aparta del objetivo narrativo. Por tanto, la clave de la científicidad histórica es colocada en el método, característica que perdura hoy en día y que está implícita o, en ocasiones explícita, en muchas de las interpretaciones historiográficas actuales.

Dicen que la historia, en su carácter científico, debe ser imparcial. Éste es un valor también defendido por la historia fáctica. Interpretar las fuentes, establecer causas profundas son también formas de no ser objetivo e imparciales. Algo así como abordar el pasado con nuestros prejuicios, haciendo decir a la fuente lo que en realidad no dice. Así, la objetividad es tenida como un valor no sólo alcanzable sino, además, como una meta irrenunciable. Sin embargo y pese a lo manifestado por el historicismo, en él también el estudio de la historia persigue un objetivo, el pasado cumple una función social en el presente; dicha función es fundamentalmente la enseñanza patriótica, que las generaciones jóvenes aprendan de los hombres de Estado del pasado.

El pasado se concibe, en el marco de esta historia fáctica, como modelo para el presente, no se ve en la historia una idea de desarrollo o de progreso sino que los tiempos pasados fueron mejores y deben ser tenidos como referentes para las generaciones presentes, que deben ver en aquellos próceres a los forjadores del Estado. Así se acabó haciendo una historia de los grandes héroes nacionales: aquellos que habían tenido un

papel destacado en la política o la guerra se convirtieron en el único sujeto histórico posible.

En esta misma concepción historiográfica podemos incluir el revisionismo histórico, fuertemente vinculado a un sentimiento nacionalista, sintéticamente se ha basado en una revisión un tanto maniqueísta de la historia latinoamericana en la que no cambian los sujetos históricos, sino el trato dado a éstos, mediatizados por unas opciones políticas. En general, podemos señalar que está marcada por un fuerte carácter nacionalista, populista y antiliberal, bien desde unas opciones de derecha y otras de izquierda que tienen que ver con la ubicación de América Latina en el tercer mundo.¹⁰

Otra importante tendencia historiográfica ha recibido una fuerte influencia de la escuela francesa vinculada a la revista *Annales*, con los aportes de la sociología funcionalista para toda la problemática de la modernización. Este grupo podemos enmarcarlo ideológicamente bajo la irradiación de la socialdemocracia europea, cuyo proyecto social pasa por la conciliación de las clases. Ha contado con auspicios externos como becas de las fundaciones Rockefeller y Ford, apoyo de la Asociación Marc Bloch de Francia o becas de Guggenheim.

Manifestarán una cierta pasión por la búsqueda interdisciplinar, con lo que se afirmará una lógica tendencia al trabajo con otras ciencias, en especial con la sociología. Pero desarrolló una concepción más bien instrumentalista de la colaboración con el resto de ciencias afines: se las concebía casi siempre como ciencias auxiliares o, incluso, como meras suministradoras de utillaje conceptual, técnico y metodológico. Hay que reconocer que ello no facilitó demasiado la necesaria confluencia de un conjunto de ciencias cuyo objeto de conocimiento coincide en lo fundamental. Así en muchos casos todo quedó reducido a una multidisciplinariedad, es decir, un tema es abordado desde diversas ópticas, donde cada una hace su capítulo, pero sin que exista una integración globalizadora del resultado finalmente expresado.

Hay una reconsideración del sujeto histórico, que no es un sujeto biológico: es el protagonista de un proceso que en cada momento es, a su vez, un proceso o él mismo. Porque el sujeto cambia, y al cambiar, mediante la agregación de las generaciones dentro de un cierto contexto, adquiere unos caracteres que lo diferencian sustancialmente del sujeto biológico. Se reanuda el problema y los debates acerca de la integración de las

¹⁰ Sirva de ejemplo el trabajo conjunto de Carmen Lila Gómez *et al.*, *Las instituciones costarricenses del siglo xx*, San José, Editorial Costa Rica, 1986. Habla de la ruptura que se produce con la "historia tradicional" a partir de los años setenta, p. 27.

masas en las sociedades pasadas y presentes. Podemos apreciar un mayor nivel científico, las individualidades quedan en un segundo plano, con conexiones con otras disciplinas produciendo un gran avance en historia económica, historia social e historia demográfica.¹¹

Desde 1959 podemos percibir un afianzamiento del materialismo histórico, que en un primer momento sufrió los problemas de la excesiva ortodoxia y el mecanicismo, pero que impulsó considerablemente las interpretaciones socioeconómicas, con un fuerte énfasis de las posturas nacionalistas. A esto debemos añadir el conflicto chino-soviético, el reformismo de Khrushchev, así como la traducción al castellano de textos inédito de Marx.

Al mismo tiempo habrá otra corriente dentro del materialismo histórico igualmente ortodoxa, que formula análisis más esquemáticos, también se aprecia el anquilosamiento del estructuralismo althusseriano, que ha sido la forma dominante de difusión del marxismo en la Europa occidental y llegada a América Latina por medio de las lecturas francesas de muchos de ellos y fundamentalmente a través de obras de la chilena, afinada en Cuba, Marta Harnecker¹² que circularon por todas las universidades y fue la corriente hegemónica dentro del materialismo histórico. La acusación más grave que se puede hacer a este planteamiento es su alejamiento de la realidad, pues el razonamiento siempre se mueve en el plano de la abstracción, recurriéndose a la realidad sólo esporádicamente y en busca de ejemplos que justifiquen los esquemas prefabricados, es decir, disuelve la realidad en una ficción idealista.

Algunos, insertos en un materialismo histórico descargado de mecanicismos, que enlazaba con la tradición marxiana menos conocida, como las aportaciones antiestalinistas y críticas, entraban en debate contra toda una línea circulacionista que explicaba la situación periférica de nuestra región, en este sentido, los trabajos de André Gunder Frank y los debates acerca de las características feudalizantes o capitalistas de América Latina desde la llegada de los europeos determinan las estrategias políticas y, en consecuencia, su sustento teórico historiográfico.

¹¹ Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1969

¹² Luis González y González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1990 Es una crítica a estudios regionales que aplican la periodización nacional a la historia regional, los comentarios superan nuestra disciplina, lo que sugiere es que es preciso recurrir a la historia para efectuar cualquier análisis en las ciencias sociales como forma de adecuar el modelo teórico al uso. En esta misma línea es de gran interés Paulo Afonso Zarth, "História regional/história global-uma história social da agricultura no Noroeste do Rio Grande do Sul (Brasil)", *História debates e tendências* (Passo Fundo), vol. 1, núm. 1 (junio de 1999), pp. 109-128

En estos momentos están redescubriendo la historia regional y local, se nos presenta ahora innovada tra los problemas que se vivieron aquí, con lo que se indican caminos futuros sobre cómo hacer una historia regional que sea, a la vez, una historia global.¹³

Con algunos años de retraso ha comenzado a penetrar la historia de las mentalidades propia de la tercera generación de *Annales*, ahora, con las aportaciones de la historia cultural anglosajona. Sin embargo, todavía podemos decir que son algo escasas esas manifestaciones inspiradas en dichos estudios.

Las nuevas perspectivas han cundido extensamente, y podríamos afirmar que un inventario de la producción histórica actual en América Latina permitiría observar el alto porcentaje de trabajos sobre los temas del *tournant critique* (*Tournant critique* fue el título del editorial de *Annales* de marzo-abril de 1988), lo que no quiere decir, de ningún modo, que se haya dejado de cultivar la siempre necesaria y fructífera historia económica y social. Ahora, a diferencia de décadas anteriores, detectamos la paulatina desaparición de un cerrado dogmatismo sobre cómo hacer historia y la aparición de un eclecticismo cuyos frutos veremos en algunos años más. Han sido introducidas las innovaciones historiográficas más recientes con el denominado debate Damton, la historia cultural, la historia antropológica, la microhistoria.

Muestra una gran vitalidad el mestizaje de lo viejo con lo nuevo, con una predisposición al diálogo radical con el otro, recíproco y respetuoso.¹⁴

Son autores con un profundo cosmopolitismo, están abiertos y receptivos a las influencias culturales foráneas, lo que los enriquece en el descubrimiento de nuevas fuentes y la aplicación de metodologías innovadoras; esto se debe en gran medida a historiadores que tuvieron que salir de sus países, bien por exilio político o bien por cuestiones relacionadas con la falta de recursos. Éstos se formaron en los mejores centros extranjeros y muchos han vuelto a sus países de origen y otros se quedaron en Europa o Estados Unidos, pero trabajando en temas relacionados con América Latina.

La crisis historiográfica de fin de siglo, está dejando huella también en Centroamérica.¹⁵ Hoy existe poco debate político-ideológico, lo que

¹³ Barros y Aguirre Rojas, eds., *Historia a debate América Latina* [n. 5], p. 11

¹⁴ Jorge Larrain, *Modernidad razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996. El debate sobre la defensa de una modernidad inconclusa frente a la aceptación progresiva de la posmodernidad. El autor apuesta por la defensa de la razón en una lectura de Marx, próxima a la Escuela de Frankfurt

¹⁵ Sergio Guerra, "Las grandes líneas de la producción historiográfica latinoamericana" en Barros, ed., *Historia a debate* [n. 6], pp. 95-106; acaba su trabajo señalando que los cues-

redunda en una ausencia de teorías, en favor de las metodologías empíricas y la profesionalización, con una crisis de aquellos paradigmas que anteriormente fueron fuertes. Algunos historiadores que en otra época destacaron próximos al materialismo histórico, hoy los vemos haciendo ficción y dudando que la historia sea algo más. Sin embargo, se está viviendo un momento de fecundo debate, que puede y debe fortalecer teórica y metodológicamente el quehacer historiográfico. La desaparición de la historiografía económico-social allí donde se produce o se presupone que se ha producido podría no estar indicando la caducidad de una teoría efímera, sino la aceptación de filosofías que renuncian a la crítica proclamando el triunfo de la posmodernidad y del presente, que aparece ahora como inmóvil. Las influencias de la posmodernidad llegan a un continente que ni ha conocido ni conoce el capitalismo hiperdesarrollado, con sociedades de relativo bienestar social y opulencia, lo que cuestiona más aún muchos de los presupuestos de los grandes filósofos europeos de la posmodernidad. Existen autores que mantienen relaciones con los más importantes centros historiográficos internacionales y que trabajan sobre los temas más actuales que están en constante reconsideración.

Actualmente hay una peligrosa inestabilidad docente de los historiadores en América Latina y salarios bajos, lo que supone una importante distracción de sus tareas investigadoras. Igualmente podemos ver algunas discriminaciones ideológicas, con posibilidad de manipulación en los cargos docentes. Por otro lado, la escasez de fondos económicos para realizar los trabajos historiográficos hace que muchos de esos trabajos se puedan ver influidos en la cantidad y en la calidad.

Desde casi todos los países se esperaba con cierta ansiedad el surgimiento de una “nueva historia”, una vez pasado el desencanto tras los acontecimientos internacionales posteriores a la “caída del muro de Berlín” en 1989.¹⁶ En gran medida se había estado buscando e impulsando en el desarrollo de otras ciencias sociales, como la economía, la sociología y la antropología.

La irrupción de *Historia a debate* en el panorama historiográfico general ha sido significativa, pero su mayor incidencia se ha producido en España y en América Latina.¹⁷ Hay dos puntos especialmente destacables:

tionamientos posmodernos y la desintegración de la Unión Soviética han hecho que aumenten las críticas a las viejas formas de concebir la historia latinoamericana y se ha abierto la búsqueda de nuevos paradigmas, p. 105.

¹⁶ Juan Manuel Santana Pérez, “La historiografía latinoamericana e *Historia a debate*”, en Boris Berenson et al., eds., *Historiografía, herencias y nuevas aportaciones*, México, La Vasija, 2003, pp. 307-324.

¹⁷ Carlos Barros, *Historiografía fin de siglo*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1996, p. 27. Esta parte del libro también está publicada en Carlos Barros, “El paradigma común de los

la necesidad de un compromiso intelectual del historiador y la defensa irrenunciable de perseguir como horizonte, la Historia global, lo que desde la fundación de *Annales* se llamó *l'histoire à part entière*. Desde el primer encuentro del año 1993 hubo una notoria participación de latinoamericanos, pero la incidencia de su publicación multiplicó considerablemente su impacto. Desde ese año hasta el segundo encuentro de 1999 fue de acopio de fuerzas, unido a la presencia de algunos historiadores españoles vinculados al grupo Historia a debate, junto con los americanos que ya se sentían partícipes de estas propuestas innovadoras. Todo ello desembocó en el hecho de que el segundo encuentro ya contó con una nutrida participación latinoamericana, lo que se ha venido reforzando en los años siguientes con los debates mantenidos *on line*, que cuentan con más de 1 500 historiadores suscritos en todos los países de América Latina, lo que hace que actualmente se haya constituido en un movimiento global sin precedentes que pretende contribuir a la formación de un nuevo paradigma historiográfico y que es un referente obligado para una puesta al día de las últimas tendencias historiográficas.

Coincidimos con Carlos Barros quien piensa que no habrá una visión más coherente y unitaria (menos bipolar y pendular) del marxismo, de *Annales*, del paradigma común de los historiadores, hasta que el paradigma general del sistema de las ciencias no sea capaz de unificar el objeto y el sujeto,¹⁸ hacia ahí debe dirigirse la historiografía en América Latina.